

trasmitieseron. El mismo Ciceron, en sus mas brillantes pasajes, solamente es un elegante traductor de Platon. Escogia entre las doctrinas de las diversas escuelas, y generalmente tenia la razon bastante segura. Si bien no pudo elevar un sistema de doctrinas capaz de satisfacerle á él mismo y de calmar todas sus dudas, á lo menos tomó lo que los Griegos habian dicho de mas sensato. Bajo este aspecto sus obras merecen nuestra admiracion. Pero los demas Romanos, menos virtuosos y menos prudentes, dejaron las doctas especulaciones de Platon para olvidar con Lucrecio el culto de los dioses, y sumergirse con Cátulo en los gozes voluptuosos de Epicuro. Tales son los dos abismos adonde viene uno siempre á perderse, por cualquier lado que considere la república espirante.

## COMPENDIO

DE

## LA HISTORIA ROMANA

### TERCERA PARTE

DEL IMPERIO.

#### PRIMER PERIODO.

Desde Augusto hasta la muerte de Commodo. Edad griega.  
( 30 antes de J.-C. — 193 despues de J.-C.)

#### CAPITULO PRIMERO.

*Reinado de Augusto (30 antes de J.-C. — 16 despues de J.-C.) (1).*

Instruido Augusto por la muerte de César, condujo suavemente los Romanos á la servidumbre; porque conservando á la república todas sus instituciones y formas liberales se apoderó enteramente del poder y de los honores. La ventaja que resultó para la humanidad de esta revolucion política fue que se estableció la unidad en todo el imperio. La odiosa distincion que separaba á las provincias de Roma y de Italia aspiraba cada dia mas á desaparecer. Augusto comprendió que para dar fuerza y duracion al imperio era preciso unir todas sus partes penetrándolas de las mismas ideas y sentimientos. Siguiendo este principio sometió las provincias á una organizacion regular y se esforzó á asi-

(1) AUTORES QUE PUEDEN CONSULTARSE: Entre los antiguos, Dion Casio y Suetonio sobre Augusto; Vellejo Patérculo y los compendiadores. Entre los modernos: Crevier, *Histoire des empereurs*; Le Nain de Tillemont, *Histoire des empereurs et des autres princes qui ont vécu dans les six premiers siècles de l'Église*.

millares de tal manera al genio de Roma que tuviesen la misma legislación, el mismo culto, los mismos usos y el mismo idioma. Todas las nacionalidades desaparecieron ante estas medidas particulares, y un espíritu único animó muy pronto á todo el imperio. En pago de los sacrificios que habian hecho los provinciales, obtuvieron en Roma todas las dignidades y cargos mas importantes. Ninguna carrera ni empleo fue inaccesible para ellos, y al cabo de pocos años los vemos sentarse en el trono de los Césares.

### § I. Administración y gobierno de Augusto.

*Extensión del imperio.* Los límites del imperio eran al este el Rin, el Danubio, el Ponto Euxino y el Eufrates; al sud los desiertos de la Arabia y de la Libia, y la Etiopía; al oeste y al norte el Océano. Las grandes regiones que abrazaba en Europa eran la España, la Gália transalpina, la Gália cisalpina, la Sicilia, la Cerdeña y Córcega, la Iliria, la Macedonia, la Tracia, la Acaya, la Panonia y la Mesia. En Asia, las principales provincias eran: el Asia, la Bitinia, la Cilicia, la Siria, la Fenicia y la isla de Chipre. En tiempo de Augusto, la Judea tenia todavía su rey. La Comagena, la Capadocia, el Ponto, Rodas, Samos, la Licia, la Armenia y la Mesopotamia no habian sido reducidas todavía á provincias romanas. Las grandes provincias que tenían en Africa eran el Egipto, la Cirenaica con la isla de Creta, el Africa y la Numidia. La Mauritania no perdió su rey hasta el año 42, y entonces se dividió en dos provincias, la Mauritania Tingitana y la Mauritania Cesariense.

*Carácter del poder de Augusto.* Despues de la batalla de Accio, Augusto se atemorizó realmente de su posición; veíase á la cabeza de cuarenta legiones cuya salvaje codicia se hallaba excitada ya hacia mucho tiempo por las liberalidades que se les habian prodigado. Por otra parte, se reconocia llamado á reinar en una ciudad adonde el solo nombre de rey inspiraba horror. Temblaba al recordar la muerte de César, y en medio de su espanto queria abdicar como Sila y volver á la vida privada. Así se lo aconsejaba Agripa; pero Mecenas le dió un consejo mas análogo á sus deseos, y sus palabras le tranquilizaron.

Así que puso término á su incertidumbre, su conducta fue sumamente hábil. Tomó el título de *imperator* como gefe del ejército, y aceptó el epíteto de *Augusto*, que le dieron por adulacion, para hacer olvidar todos los recuerdos odiosos que iban unidos al sangriento nombre de Octavio. Sabia que el pueblo estaba ya cansado de derramar su sangre en los campos de batalla, y él mismo conocia la necesidad de gozar tranquilamente de su fortuna. Cerró, pues, el templo de Jano, y se esmeró en cubrir con ciertas apariencias de libertad la servidumbre del senado y de la nación. Su gran pensamiento fue gobernar sin parecer que reinaba. Lejos de pedir el título de rey, no permitió siquiera que á él ni á los suyos se les diera la calificación de señor (*dominus*). Cuando le ofrecieron el poder soberano se hizo de rogar por mucho tiempo, y al cabo no lo aceptó mas que por diez años. Despues de este espacio de tiempo fue preciso que se redoblasen las instancias y las súplicas, y cada una de las prórogas se celebró con unas funciones á las que se ha dado el nombre de *decenales*.

A pesar de su aparente abnegacion, nadie ambicionaba el poder tanto como él. Tuvo la habilidad de confiscar en provecho suyo los diversos ramos de la suprema autoridad, haciéndose revestir sucesivamente de todos los cargos importantes de la república. Y así al título de *imperator* que le conferia el mando en gefe de todos los ejércitos y el poder proconsular en todas las provincias, añadió el poder tribunicio que hacia inviolable su persona, y debia dar lugar despues á las acusaciones de lesa-majestad (*judicia majestatis*). Hasta el año 21 hizo que todos los años le nombrasen cónsul, y dos años despues obtuvo para siempre el poder consular, lo cual le hizo dueño de Roma como ya lo era de las provincias (19). En el mismo año se atribuyó á sí mismo la censura (*magistratura morum*), y desde entonces pudo distribuir á su antojo los honores y hacer todas las reformas que creyese convenientes. Por último á la muerte de Lépido (13) hizo que le nombrasen sumo pontífice (*pontifex maximus*), y bajo este título ejerció sobre los asuntos religiosos un imperio no menos absoluto que sobre los negocios civiles.

*Del poder del pueblo y del senado en tiempo de Augusto.* Este príncipe tan cuidadoso de no herir susceptibilidad alguna, procuró tener contentas á todas las clases del Estado. Conservó á los caballeros los juicios y el cobro de las rentas públicas. Para grangearse el afecto del pueblo, no solamente les hacia las acostumbradas distribuciones de trigo, sino que le prodigaba cuando era necesario el oro y la plata. Para disuadirle é impedir que se ocupase demasiado de su gobierno, multiplicaba las diversiones y las fiestas, y en aquellos días de alegría recibía á todo el mundo indistintamente y con la mayor afabilidad. Daba gusto el verle ir casi siempre á pié por las calles de la ciudad y sentarse sin ceremonia á la mesa de sus amigos.

Esta popularidad le llevaba á manifestar exteriormente el mayor respeto á los derechos de la multitud. Cuando quería promulgar una ley, reunía siempre los comicios en el Campo de Marte y votaba el primero con toda su tribu. Fácil es conocer que el ejemplo y la autoridad del príncipe no dejaban mucha libertad para la votacion; pero el pueblo no se creía esclavo sino libre, como siempre lo habia sido, porque se conservaban todas las antiguas formas de libertad.

Augusto, como príncipe del senado, presidia esta asamblea, hácia la cual afectaba la mas profunda veneracion, y trató de devolverle toda la consideracion de que gozaba en otro tiempo. Con este objeto dictó algunas medidas para excluir de ella á todos los hombres indignos que habian entrado á favor de las guerras civiles; redujo á seiscientos el número de los senadores, mandó que la hacienda de cada uno ascendiese á ochocientos mil sextercios, y á los que no tenian esta cantidad se la completó de los fondos públicos para que pudieran figurar en todas partes de una manera digna de su rango. En todas ocasiones les colmaba de honores, y al entrar en el senado les saludaba por su nombre. Pero todas estas atenciones no eran mas que un medio de aligerar el peso de sus cadenas, porque esta asamblea que antes decidia todos los negocios importantes, no era ya en tiempo de Augusto mas que un consejo de Estado cuya opinion consultaba el

príncipe, aunque no siempre. Todos los negocios que se querian ocultar á la multitud, se trataban en un consejo privado que Augusto habia formado, compuesto de senadores escogidos entre sus intimos amigos, y ademas de las cosas reservadas le hacia despachar todas las que él creia urgentes.

*De la administracion de las provincias.* Augusto repartió las provincias entre el senado y él. Las provincias del senado fueron el Africa, la Numidia, el Asia propia, la Acaya, el Epiro con la Iliria, la Dalmacia, la Macedonia, la Sicilia, la Cerdeña, la Creta y la Libia, la Cirenáica, la Bitinia, con el Ponto y la Propóntida, y la Bética en España. Augusto conservó en España la Tarraconense y la Lusitania, y ademas todas las Galias, las dos Germanias, la Celesiria, la Fenicia, la Cilicia y el Egipto. Mas tarde cedió al senado Chipre y la Narbonense, y volvió á tomar la Dalmacia adonde la guerra hacia necesaria una gran concentracion de fuerzas.

Las provincias senatoriales eran administradas por unos senadores que tomaban el título de procónsules ó propretores. Tenian á sus órdenes tres lugartenientes, é iban precedidos de seis haces de varas; pero no llevaban espada ni traje militar, porque su jurisdiccion era puramente civil. Los gobernadores de las provincias imperiales llevaban el título de propretores, prefectos ó presidentes. No tenian mas que un lugarteniente y cinco lictores, pero llevaban espuelas como signo de su jurisdiccion militar. En todas las provincias se señaló un sueldo á los gobernadores, y se les prohibió que exigieran nada mas que la contribucion fijada por el senado y el emperador. Ademas se instituyeron unos *procuradores*, encargados de juzgar todas las causas relativas á las contribuciones, y de vigilar á los gobernadores y cuestores, con respecto á la administracion de las rentas. Estas sábias medidas pusieron á las provincias á cubierto de todas las vejaciones de que hasta entonces habian sido victimas, y reduciendo los gobernadores al papel de simples funcionarios, el Estado no tuvo ya que temer á estos magistrados que tantas veces habian alterado la tranquilidad de la república.

Lo mas admirable de la conducta de Augusto para con las provincias es que se esmeró sobre todo en demostrarles que no existia desigualdad alguna entre ellas y la Italia; ya pagaba sus deudas, ya reparaba sus ciudades, ya reedificaba las que por acontecimientos naturales habian sido destruidas. Visitó varias veces todas las provincias del imperio. A excepcion de las provincias de Africa y Cerdeña, dice Suetonio, no creo haya una sola que no haya visitado. Creó un servicio regular de correos entre las provincias y Roma apostando á cortas distancias en los caminos militares primero algunos jóvenes y despues carruajes, porque le pareció mas cómodo poder interrogar tambien á los correos, portadores de la correspondencia, cuando las circunstancias lo exigiesen (1). Sin duda hubo todavia muchas injusticias que escaparon á su vigilancia; pero esta grande idea de unidad se habia dado á luz y muy luego la veremos triunfar enteramente.

*Del ejército.* Augusto que tan obsequioso y respetuoso era para con el senado y con el pueblo, y tan equitativo para con las provincias, no cuidaba mucho de disfrazar su despotismo para con los soldados. Los mandaba como soberano y con mucha firmeza. Despues de las guerras expurgó las legiones de todos los esclavos que se habian alistado en ellas, y arrojó de ellas tambien á todos los extranjeros. Su objeto era que los ejércitos fuesen mas nacionales y mejor disciplinados. Él hubiera querido que los verdaderos Romanos se alistasen como en otro tiempo para combatir á los enemigos de la patria; pero por desgracia el genio y la aficion á la guerra se habian extinguido en el corazon de la nacion corrompida, y fue preciso reclutar las legiones de las provincias entre los mercenarios.

Para asegurar las fronteras del imperio y conservar las conquistas que se habian hecho, se necesitaba un ejército permanente. Augusto le comprendió así, y se apresuró á hacer todos los gastos necesarios, señaló á los soldados un sueldo

(1) Amadeo Thierry, *Histoire de la Gaule sous l'adm. rom.* Introduction, pag. 139-140.

fijo que se elevaba á 14 fr. 72 c. por mes, y arregló la duracion de su servicio, que era de doce años para los pretorianos y de diez y seis para los legionarios. Despues de diez y seis años de servicio recibian cinco mil dineros de retiro; y los segundos tres mil al cabo de veinte años. De resultas de este arreglo se creó una caja militar bajo la vigilancia de dos antiguos pretores.

Habia nueve cohortes pretorianas y tres cohortes urbanas, y ademas de estas tropas destinadas á la defensa de la ciudad y del trono, el ejército se elevaba por lo regular á ciento sesenta mil seiscientos cincuenta hombres, divididos en veinte y cinco legiones, de las cuales se destinaron ocho al Rin, cuatro al Danubio, tres á España, dos á Dalmacia, cuatro al Eufrates y á Siria, dos á Egipto, y dos á la provincia de Africa. Augusto conservó cuatro flotas, para vigilar las provincias y conservar el imperio del mares, y se hallaban en Ravena, Misena, Frejus y en el Ponto Euxino.

*De la hacienda.* Todas estas modificaciones en la constitucion del imperio produjeron necesariamente un cambio en la administracion de las rentas. Como el príncipe tenia bajo sus órdenes el ejército y el gobierno de una parte de las provincias, hubo de tener su caja particular de la cual disponia á su arbitrio, y esto es lo que se llamó *fisco*. El Estado tuvo tambien su tesoro, el *ararium*. El emperador no disponia de él sino con la aprobacion del senado. Las fuentes de la hacienda pública eran las mismas; pero desde entonces se explotaron con mas orden y regularidad. No es posible evaluar de un modo positivo las rentas del imperio; pero segun las diferentes opiniones emitidas por los sabios acerca de este particular, pueden calcularse por término medio en **novecientos sesenta millones de francos.**

## § II. Guerras de Augusto.

*Sumision de la España septentrional y de la Gália occidental!*  
(23). Despues de la batalla de Accio habia cerrado Augusto el

templo de Jano (31). Algunas sediciones que estallaron poco despues al pié de los Alpes entre los Salacios , y en España entre los Asturianos y Cántabros, le obligaron á abrirlo de nuevo. Marchó personalmente contra los Españoles, y encargó á Terencio Varron que sometiese á los Salacios. En todas partes la victoria coronó sus armas. El senado hizo erigir en los Alpes un monumento en el cual se habian de inscribir los nombres de los cuarenta y tres pueblos montañeses sometidos por Augusto.

Para fijar todos estos pueblos bajo el dominio romano y sujetar completamente todas las Gálias, Augusto estableció en ellos algunas colonias. Los Salacios fueron trasportados á *Eporodia* (Yvrea) y su pais ocupado por una colonia romana que tomó el nombre de *Augusta Prætoria* (Aoste). Estableció tambien en la Gália muchas colonias militares en diversos puntos, dividió los sentimientos é intereses de todos estos pueblecillos, varió los nombres de las antiguas ciudades para darles otros á los que se mezclaban los de Julio, César y Augusto, atacó el culto de los druidas para sustituirle la religion de los Romanos, y borró de este modo hasta los menores rastros de antigua nacionalidad para hacer triunfar los usos, costumbres y lengua del Lacio. Este era el verdadero medio de incorporar todas las provincias al imperio y de precaver toda revolucion en el interior.

*Conquista de los paises al sur del Danubio* (15). Augusto habia emprendido al mismo tiempo una expedicion contra los Arabes, pero fracasó completamente. Sus esfuerzos contra la Etiopía no tuvieron tampoco mas resultado que el de poner á cubierto por aquel lado las fronteras del imperio. Pero se desquitó de todos estos reveses atacando á los Vindelicios y á los Rhecios que se habian arrojado sobre la Italia y la Gália para devastarlas. Tiberio y Druso subyugaron todos estos bárbaros y añadieron á la Panonia y á la Moesia, ya conquistadas, la Rhecia, la Vindelicia y la Nórica, es decir, todas las regiones que se extienden al sur del Danubio. Esta fue la mas bella conquista que se hizo en tiempo de Augusto. Tiberio quedó encargado de vigilar las nuevas provincias, y de conser-

var en ellas el orden comprimiendo todas las rebeliones.

*Expedicion de Druso contra los Germanos* (12-9). Durante este tiempo Druso marchó contra los Germanos que se disponian á invadir el imperio, y habian ya excitado á los Galos á que les siguieran. Estos no dieron oidos á sus insidiosas proposiciones, y Druso satisfecho de su fidelidad los reunió en Lugdunum, les dió una funcion en honor de Augusto y marchó en seguida con ellos contra los Germanos. Penetró en su pais por la isla de los Batavos, sometió á los Sicambros y Cheruscos, y en la segunda campaña lanzó sus legiones hasta el Weser. El senado le votó aclamaciones y honores, pero Augusto le negó el titulo de *imperator*. Esta susceptibilidad del príncipe no desconcertó á Druso; prosiguió sus triunfos, se adelantó hasta el Elba y erigió algunos trofeos á orillas de este rio que no habia de pasar, porque la muerte le sorprendió en medio de sus victorias (9).

Su fallecimiento reanimó el valor de los bárbaros; pero Tiberio acudió para sostener á las legiones romanas, continuó la guerra con vigor, trasportó cuarenta mil Ubios y Sicambros á la orilla izquierda del Rin, y del pais situado entre este rio y los pueblos belgas formó dos nuevas provincias, la *primera* y la *segunda Germania* (8). Desesperados los Germanos pedian la paz, pero Augusto se la negó. Tiberio dejó el mando á Domicio Enobarba, afectó estar cansado de guerras, y se retiró á la isla de Rodas, adonde pasaba el tiempo frecuentando las escuelas y academias y consultando adivinos. Cuando Augusto le adoptó por hijo volvió á presentarse á la cabeza de las legiones de Germania y subyugó los Chaucos y los Legobardos (2 años despues de J.-C.)

*Invasion de Maroboduo* (2 años despues de J.-C.). Cuando Tiberio se esforzaba á someter tan formidables naciones, Maroboduo, rey de los Marcomanos á quienes las hazañas de Druso habian acorralado en Bohemia, se preparaba para invadir la Italia. Lo único que le separaba de las posesiones romanas eran las vastas espesuras del bosque Hercinio, y tenia delante de sí la Panonia y la Dalmacia que no deseaban otra cosa que sublevarse. Para precaver esta terrible inva-

sion, habia resuelto Tiberio atacar á los Marcomanos en sus propios Estados. Ya tenia trazado su plan cuando Maroboduo le impidió ejecutarlo sublevando á los Dalmatos y Panonios. Estos queblos, oprimidos por las exacciones de sus gobernadores, puerion á toda costa librarse del yugo de los Romanos y vengarse de las injusticias de que habian sido victimas.

Augusto no dissimuló sus temores; dijo en el senado que el enemigo podia llegar dentro de diez dias hasta las puertas de Roma si no se tomaban las medidas necesarias, y se trasladó en persona á Arimino para inspeccionar las operaciones del ejército. Las legiones de Tiberio corrieron primero grandes peligros; pero la habilidad de su gefe y el valor del hijo de Druso triunfaron de todos los obstáculos. Sometieron á los Panonios y despues vencieron fácilmente á los Dalmatas. Habiendo preguntado Tiberio á Baton, rey de estos últimos, porqué se había insurreccionado: *Vosotros teneis la culpa*, respondió decididamente el vencido, *porque para guardar vuestros rebaños enviáis, no pastores ni perros, sino lobos* (9).

*Derrota de Varo* (9). Cinco dias despues de terminada esta guerra se supo la derrota de las legiones de Varo en Germania. Este hombre codicioso, elegido para gobernar á los Germanos, era tambien un lobo cruel y rapaz. Persuadido de que estos pueblos no tenian mas de humano que la forma, quiso imponerles por la fuerza los usos y costumbres de los Romanos. Rodeóse de una multitud de legistas cuyos insidiosos enredos arruinaban á los pobres en provecho de los que los gobernaban. Lo que prueba su falta de juicio y experiencia, verdaderamente incomprensible, es que al mismo tiempo que se permitia todos estos robos é injusticias no tomaba precaucion alguna. Entonces un príncipe checrusco, llamado Arminio (*Heermann*), se aprovechó de la indignacion general para llamar á las armas todas las tribus y excitar una sublevacion universal. Cercó las legiones de Varo en el bosque de Teuteberg, cerca del nacimiento del Lippa, y las destrozó.

Al recibir Augusto la noticia de este desastre desgarró sus

vestidos y exclamó fuera de si: *Varo, Varo, devuélveme mis legiones*. Se dejó crecer la barba y los cabellos en señal de luto, ofreció sacrificios á los dioses como en los mayores peligros, y envió al momento á Tiberio con Germánico sobre el Rin. Felizmente para Roma se introdujo la discordia entre los bárbaros, y no necesitó mas para vengarse que dejarles obrar. Arminio, acusado de ambicion por los suyos, fue asesinado á la edad de treinta y siete años. Su muerte permitió que Germánico penetrase hasta el Weser y que alcanzase una brillante victoria en Ydistaviso (Minden). Pero á su regreso su flota y una parte de su ejército fueron destruidos por una violenta tempestad. La envidia de Tiberio nombrado ya emperador le obligó á dejar el teatro de sus hazañas, y desde aquel tiempo los Germanos estuvieron tranquilos por aquel lado.

### § III. De la literatura y bellas artes en tiempo de Augusto.

*De la literatura*. Sabido es que el siglo de Augusto fue la edad de oro de la literatura latina. Aunque conservaron hácia la Grecia un culto que llegaba hasta la veneracion y el entusiasmo, los escritores de esta bella época encontraron originalidad en la imitacion misma. Su genio se alió al de los Griegos en la justa proporcion que caracteriza la pureza del gusto. Estamos lejos de poseer todas las obras de los grandes escritores que brillaron entonces. Cornelio Galo, amigo de Virgilio, Poion y Vario ponderados por Horacio; Valgio, ensalzado por Tibulo; y otros muchos no nos son conocidos mas que de nombre. Este feliz tiempo fue sumamente fecundo en poetas sublimes. Como dice M. Tissot, Virgilio tomaba sucesivamente y con igual éxito el tono de la pastoral, de la elegia, de la fábula, de la epopeya, de la oda, y hasta de la comedia. Ovidio dejaba correr de su pluma con pasmosa facilidad sus *Metamórfosis*, *Pastos*, *Heroidas*, *Elegias*, *Epsítolas*, y otra multitud de poemas de diferentes géneros. Horacio hizo resonar con divina inspiracion todas las cuerdas

de la lira, y marcó sus *Epistolas* y *Sátiras* con un sello de originalidad inimitable; Propercio y Tibulo suspiraron sus *Elegías*.

Las subvenciones del palacio honraban y atentaban al mérito. La mayor parte de los cortesanos se ocupaban también de poesía y de trabajos literarios. Agripa escribía la historia de Augusto; Mecenas versificaba epigramas y sus tragedias. Augusto se preciaba de ser un escritor elegante; componía versos, arreglaba sus discursos y escribía sus *Memorias*, que por desgracia se han perdido.

En los pórticos de Apolo, de Libia y de Octavia había grandes bibliotecas públicas, porque al pueblo-rey le gustaba distraerse de sus largos ocios con la lectura de obras nuevas. Los libreros se multiplicaban en la cumbre del Palatino, y al rededor de los arcos de Vertumno, de Jano y del templo de la Paz. Toda publicación literaria era un acontecimiento y se disputaban su lectura.

A pesar de esta afición al estudio y á los libros es de notar que no hubo orador alguno notable en tiempo de Augusto. El pueblo no celebraba ya sus asambleas sino por respeto á la antigua forma de la república y ya no había lugar á disputar en el Foro; la clemencia se había refugiado en el senado y allí no pronunciaba mas que arengas tímidas y pálidas; Octavio la mató haciendo cortar la cabeza á Ciceron.

La historia fue contada por escritores de grande ingenio. Tito Livio, Trogo Pompeyo, Velejo Patérculo y Valerio Máximo son los historiadores cuyas obras han llegado hasta nosotros completas ó mutiladas. De los ciento cuarenta libros de Tito Livio no poseemos mas que treinta y cinco, cuya inimitable perfeccion nos hace sentir mucho mas los otros. No conocemos á Trogo Pompeyo sino por Justino, su compendiador, quien tal vez le copia algunas veces. Velejo nos dejó un *Compendio de historia universal* que contiene grandes bellezas. Es de sentir que las últimas páginas en que cuenta los reinados de Augusto y de Tiberio le hayan sido dictados por una baja lisonja. Valerio Máximo es mas bien compilador

que historiador, pero á lo menos tiene el mérito de haber sacado del olvido algunas anécdotas y acontecimientos curiosos.

*Despotismo imperial.* Augusto comprendía todo el poder de la ciencia y del talento, pero desgraciadamente no los lisonjeaba sino para esclavizarlos. Su Mecenas se manifestó primero frio para con Horacio, que habia combatido bajo las banderas de Bruto; y el émulo de Píndaro para congraciarse con la córte se vió obligado no solamente á doblegar su entusiasmo republicano, sino á asociar el nombre de Augusto á todas sus obras, porque el príncipe no queria que el poeta llegase sin él á la inmortalidad. El que habia cerrado el templo de Jano y queria reducir á los Romanos á la vida agrícola gustaba del cisne de Mántua, que cantaba los placeres del campo y ponderaba las ventajas de la vida campestre. Virgilio está siempre preocupado de Augusto; en su *Eneida* asocia los destinos de Roma á la familia Julia, y coloca á los antepasados de Augusto entre los dioses á los héroes troyanos. Ovidio fue desterrado por una ofensa, Tibulo quedó olvidado porque no sabia adular ni doblagarse. Cornelio Galo fue tambien desterrado por algunas palabras demasiado atrevidas y se prohibió á Virgilio que alabase públicamente á su amigo; á Fabio Máximo que daba grandes convites á todos los literatos, se le encontró un dia muerto en su lecho, y se recordó que no habia sido reservado con respecto á una confianza que le hizo Augusto. Los ideólogos no podian ya publicar á su antojo sus estériles utopias. Los únicos filósofos que tenian libertad eran los discípulos de Epicuro y de Aristipo que enseñaban á gozar de lo presente sin cuidarse del porvenir.

*De las bellas artes.* El príncipe que gustaba de que los mas notables ingenios exaltasen su mérito y acciones, se complacía tambien en que durante su reinado brillasen las bellas artes. Los Romanos no fueron nunca muy célebres en ellas; encontraron mas fácil despojar á los vencidos de todas las maravillas que poseian, que el tratar de producir otras semejantes; de modo que habian arrebatado á la Grecia todas sus pinturas y estatuas con las cuales adornaron sus casas de campo. Con todo Augusto quiso despertar en ellos el conoci-

miento y afición á las bellas artes. La casa en que vivía era muy modesta, pero concibió el magnífico proyecto de hacer en Roma unas mejoras dignas de la majestad del imperio. Entre los muchos monumentos públicos que edificó, se cuentan principalmente el templo de Apolo Palatino, el de Júpiter Tonante en el Capitolio, y una plaza donde había un templo dedicado á Marte vengador. Hizo construir el pórtico de Lucio y la basilica de Cayo, los pórticos de Livia y de Octavia y el teatro de Marcelo. «Invitó, segun dice Suetonio, á los principales ciudadanos para que adornasen la ciudad segun las facultades de cada uno, construyendo nuevos edificios ó reboeando los antiguos. De esta manera se edificaron el templo de Hércules y el de las Musas, construidos por Marcio Filipo; el de Diana, por Cornificio; el de la Libertad, por Asinio Polion; el de Saturno por Munacio Planco, el teatro de Corn. Balbo, el anfiteatro de Estatilio Tauro, y un considerable número de bellos monumentos construidos por Agripa.» Todos estos trabajos y otros muchos ejecutados con el mismo fin le permitieron decir con razon que había encontrado á Roma de ladrillos y la había dejado de mármol.

*Triste fin del reinado de Augusto.* Este brillo de civilizacion hacia que el pueblo no pensase en el sacrificio de su libertad. Todos se consideraban dichosos de gozar de las ventajas de la paz despues de haber sufrido por tanto tiempo las mas horribles borrascas. Los hombres prudentes reconocian que el gobierno de Augusto era el mas adecuado á las circunstancias actuales del pais. Este príncipe se veía pues colmado de honores y alabanzas. Un dia que estaba en el teatro un actor pronunció estos versos: *¡ Oh señor clemente, oh señor equitativo!* y todo el pueblo se los aplicó y aplaudió con frenesí.

Desgraciadamente su familia le causaba los mayores disgustos. Pensaba elegir por sucesor suyo á Marcelo su sobrino, pero la muerte se lo arrebató á la edad de diez y nueve años. Julia su hija única y objeto de todo su cariño se deshonró con unos escándalos tan horribles que resolvió darle muerte. En medio de su desesperacion se le oía exclamar con frecuencia: *¿Porqué no habré yo vivido sin mujer ó no habré*

*muerto sin tener hijos?* Manifestaba mucho afecto á los niños de esta culpable princesa, pero las intrigas de su esposa Livia hicieron que adoptase á Tiberio hijo suyo y de su primer marido Claud. Tib. Neron. Al adoptarle le obligó á que adoptase él tambien á Germánico, hijo de Druso. Despues de tomar todas estas disposiciones murió Augusto en Noles. Cuando conoció que era llegada su hora pidió un espejo, mandó que le hicieran su tocador y preguntó á sus amigos: *¿He representado bien mi papel?* y sin esperar que le respondiesen añadió: *Aplaudid;* y tenia razon, porque jamás hubo actor alguno que representara su papel con mas habilidad que él.